

## LX Aniversario de Antoine de Saint-Exupéry

### Cronología

Luminița Vleja

**1900, 29 de junio:** Nace en Lyon, en el seno de una familia aristocrática venida a menos. Su padre muere cuando él era todavía un niño, en 1904. “Es una causalidad que sea lyonés”, diría Antoine más tarde. En cierto sentido era verdad. Su madre era de origen provenzal; su padre, limusino. Pero la causalidad los había reunido en Lyon, donde él ejercía de inspector de seguros. Pertenece a una antigua familia aristocrática y conservaba el título de conde y el prestigio de un apellido que algunos hacían remontar al siglo V.

**1905:** La madre de Antoine, abrumada por la pena y las dificultades materiales, decide irse a vivir con una tía suya, la señora de Tricaud, que tiene un castillo en Saint-Maurice de Rémons. Allí, en un marco de cuento de hadas, Antoine va a pasar los años más felices de su vida. Rodeado de un parque inmenso, lleno de árboles, el viejo castillo se convierte en la imaginación desbordante de los niños en un misterioso castillo encantado. En esta época a todos les dará por llamar a Antoine “el rey Sol”: rey, porque reina sobre todo este universo maravilloso; Sol, porque su pelo tan rubio, tan dorado, recuerda los rayos del sol.

Es indudable que la señora de Saint-Exupéry ejerció una influencia muy grande sobre sus hijos y en particular sobre Antoine. Era una persona excepcional: tenía singulares dotes de pintora, escritora y música. Desde pequeños, inició a sus hijos en la contemplación de un cuadro, en la lectura de una buena novela, en la apertura del oído y del espíritu a una bella melodía.

**1909:** La señora de Saint-Exupéry decide dejar Saint-Maurice para instalarse con sus cinco hijos en Le Mans, donde podrán recibir una buena instrucción. Antoine ingresa en el colegio de Nuestra Señora de Santa Cruz y no es precisamente un alumno aplicado. Su compañero Gauthier le ha evocado así:

“Era un chico de cara redonda y con una nariz en forma de pata de marmita, que sonreía y al mismo tiempo tenía un aire huraño. Con la pelambarrera en desorden, el cuello y la corbata torcidos, en una palabra, el alumno descuidado que, como otros muchos, tenía los dedos llenos de tinta.”

**1912:** El interés por la aviación, pronto convertido en pasión, lo lleva Antoine dentro de sí desde hacía varios años. Todo empezará en Saint-Maurice de Rémens durante unas vacaciones de verano. No lejos del castillo había un campo de aviación donde podía uno seguir a escondidas los movimientos de los mecánicos y pilotos. Antoine se encariñó rápidamente con toda esta gente que se dedicaba en cuerpo y alma a perfeccionar este modo de locomoción que acababa de nacer. Desde el principio le gustó la atmósfera de camaradería y de fraternidad que reinaba entre unos y otros. Pronto fue conociéndolos a todos y ellos a él, hasta que un día se produjo el milagro: un piloto muy conocido, Vedrines – quizá intrigado por el tejemaneje de un niño tan pequeño -, le propuso darle una vuelta en su avión. Ese mismo día del año 1912 Antoine plasmaría en un poema las sensaciones que experimentó durante su primer viaje por los aires. Sólo se han conservado estos tres versos:

“Les ailes frémissaient sous le souffle du soir  
Le moteur de son chant berçait l’âme endormie  
Le soleil nous frôlait de sa couleur pâlie.”  
(Las alas bajo el soplo de la tarde temblaban.  
Mecía el alma dormida con su canto el motor.  
El sol nos rozaba con su pálido color.)

**1919:** Cumple el servicio militar en la aviación en Estrasburgo, y tres años después obtiene su licencia de piloto civil. No había sido fácil: las clases costaban mucho dinero y la beca le resultaba insuficiente; tenía que recurrir constantemente a la generosidad de su madre. De ahí su impaciencia, que por poco le cuesta la vida y que le valió la famosa frase del comandante Garde: “Saint-Exupéry, usted nunca se matará en avión, si no ya lo hubiera hecho.”

**1921:** Como Antoine quiere ser piloto militar, lo mandan a Rabat, donde podrá recibir esa formación. Seis meses más tarde consigue el título y además con el grado de subteniente. Cuando todo parece sonreírle –un oficio, novia, buen porvenir–, otro accidente de avión viene a interrumpir su dicha. A instancias de su futuro suegro acepta licenciarse. Se encuentra de nuevo sin trabajo y moralmente muy afectado.

**1923:** Una de sus fuentes de felicidad se le da el avión. Durante sus ratos libres y cuando se lo permiten sus finanzas, va a pilotar un avión. Su entusiasmo entonces no tiene límites: ”...El domingo fui a Orly a pilotar. Tuve un buen vuelo. Mamá, adoro este oficio. No puedes imaginarte la calma, la soledad que uno encuentra a 4.000 metros de altura, a solas con el motor.” (Carta a su madre, París, 1923).

**1924-1926:** Las tertulias en la casa de una prima lejana, Yvonne de Lestranges, persona erudita que suele recibir en sus salones a escritores conocidos como Gide, Gallimard (que más tarde sería el editor de Antoine) le ofrecen la oportunidad de entrar en contacto con Jean Prévost, secretario de la revista *Navire d'argent*, quien le insinúa la posibilidad de escribir algo. Un día, tímidamente, Antoine le da a leer unos folios que, siguiendo su consejo, ha escrito a ratos perdidos. La respuesta no es una carta ni una frase, sino la publicación de esos folios en dicha revista, en el número de abril de 1926. Se trata de su primer relato corto, *El aviador*, que produce en todos los que le rodean y le conocen desde hace tiempo una gran sorpresa. *El aviador*, claramente autobiográfico, cuenta la historia de un monitor de aviación que, como Antoine, tiene fases de depresión en cuanto se separa del avión. Hasta ahora era un tema inédito. Con *El aviador*, Saint-Exupéry tiene una revelación: sólo podrá escribir si vuela. El éxito de su primer escrito coincide con su entrada en la compañía de aviación Latécoère.

**1926:** El Padre Sudour, que había sido su profesor en la Escuela Bossuet y que le apreciaba mucho, le recomendó a Beppo de Massimi, administrador de la sociedad de líneas aéreas Latécoère de Toulouse, donde ingresa como piloto de

línea. Esta sociedad había nacido de un proyecto ambicioso –crear una línea comercial que cruzara los mares– y humanitario – facilitar el contacto entre los pueblos. Era el resultado de la voluntad de tres hombres: Massimi, Didier Daurat, dos aviadores consumados, y Pierre Latécoère, ingeniero y constructor de aviones en su propia fábrica. En 1919 se inauguraba la primera línea postal, que enlazaba Toulouse con Rabat. “Saint-Ex” ayuda a establecer las rutas del servicio postal aéreo en el noroeste de África, Atlántico Sur y Suramérica.

**1928:** Escribe *Correo sur*, inspirado de sus vuelos africanos.

**1930:** Un accidente sufrido en la travesía de los Andes por un compañero suyo le inspiró *Vuelo nocturno*, con el que obtuvo el premio Fémina en 1931. “Saint-Ex”, piloto de línea, llamado también “l’écivain à hélice”, se inspira en Didier Daurat, piloto de caza y al que dedica el libro para caracterizar a su protagonista, Jacques Rivière. El autor del prefacio es André Gide.

**1931:** Se casa con Consuelo Suncín, viuda del periodista Gómez Carrillo.

**1934:** Se incorpora al servicio de propaganda de “Air France” y lleva a cabo una misión en Saigón. Viaja a España y Moscú como corresponsal.

**1935:** Intenta la travesía París-Saigón en un “Simoun”, pero tiene que efectuar un aterrizaje forzoso en el Sáhara. Tras cinco días de penosa marcha, es rescatado por unos beduinos.

**1937:** Sufre un grave accidente aéreo en Guatemala.

**1939:** Termina *Tierra de los hombres* (Gran Premio de la Novela de la Academia Francesa). Al iniciarse la II Guerra Mundial toma parte en el conflicto como piloto en Saint-Dizier y un año después publica *Piloto de guerra*.

**1942:** Desmovilizado tras la derrota de Francia en África del Norte, viaja a Nueva York, donde permanece dos años. Entre 1938 y 1941 fue recibido, siempre, varias veces, como un personaje célebre, con entrevistas en el “New York Times”, mensajes en la radio, viajes a Hollywood (donde la Metro había adaptado una de sus novelas, con intérpretes de la celebridad de Clark Gable), y un trato continuo con Jean Renoir, Gabin y los intelectuales emigrados.

**1943:** Escribe *El Principito*. En los últimos años de su vida, ya muertos o lejos de él sus mejores amigos, Saint-Exupéry se iba hundiendo en una soledad espiritual y afectiva, y no dejaba de lamentar la pérdida de todo vínculo de amor entre los hombres. En la *Carta al General X* se lee: “Los vínculos de amor que ligan al hombre de hoy a los seres y a las cosas son tan poco consistentes, que el hombre no experimenta la ausencia como antes... En esta época de divorcio, nos divorciamos de las personas con la misma facilidad que de las cosas.” Es lo que explica el sentido de las palabras claves del libro: *apprivoiser; créer des liens; on ne voit bien qu’avec le coeur; l’essentiel est invisible pour les yeux – domesticar; crear lazos; sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos*. La esencia y la sabiduría del libro se encuentran al final del capítulo XXI:

“– Los hombres han olvidado esta verdad –dijo el zorro–. Pero tú no debes olvidarla. Te haces responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

– Soy responsable de mi rosa... –repitió el principito para acordarse”.

Tras la publicación de *El Principito*, Saint-Exupéry va a Argelia para incorporarse a su Grupo/33, que estaba bajo el mando de los americanos. Para pilotar el nuevo tipo de avión, el Lightning P. 38 con el cual los americanos habían equipado al Grupo, se había señalado como edad límite 35 años. Saint-Ex, con sus 43 años y un hombro anquilosado, se veía excluido de tocar un avión. No obstante, consiguió el permiso para pilotar, con tal de someterse a un severo entrenamiento, que duró siete semanas. En junio es ascendido a comandante. El 21 de julio realiza su primera misión sobre el Ródano y Provenza. Diez días más tarde efectúa la segunda, pero un aterrizaje defectuoso sirve de pretexto al mando americano para recordarle que ya no está en edad ni condiciones de pilotar el respectivo tipo de avión y Saint-Exupéry es retirado del grupo 2/33.

Durante ocho meses multiplica diligencias, establece contactos con quienes pueden influir en el asunto, y atraviesa fases de depresión y de

desánimo. Serán, con todo, unos meses literariamente fructíferos, pues es ahora cuando avanza su libro *Ciudadela*, empezado en 1936 y publicado póstumamente.

**1944:** Finalmente, el coronel Chassin, que conocía a Saint-Ex desde hacía varios años, logra convencer al general americano Eaker para que le readmita en el Grupo. Se une a su antiguo equipo de reconocimiento, a condición de no realizar más de cinco misiones de guerra, que se convirtieron en ocho, pues él siempre se presentaba voluntario para cualquier misión. Junto a su grupo es trasladado a Borgo, en Córcega.. El 31 de julio de 1944, a las nueve menos cuarto de la mañana, despegaba para realizar su novena misión: fotografiar la región de Grenoble y Annecy. A la una y media, cuando ya no le quedaba combustible más que para una hora, todavía no había vuelto. A las dos y media sus compañeros empezaron a sospechar que no volverían a verlo. En su habitación se encontró la *Carta al General X*, en la que había escrito poco antes: *“Si muero en la guerra me da igual. Como si padezco una crisis de rabia ante esta clase de torpedos volantes que ya no tienen nada que ver con el vuelo y transforman al piloto, a fuerza de mando e indicadores, en una especie de contable. Pero si regreso vivo de este “job necesario e ingrato”, no se planteará para mí más que un problema: ¿Qué se puede, qué hay que decir a los hombres?”*

## SESENTA AÑOS DEL ÚLTIMO VUELO DE SAINT - EXUPÉRY

Este año se han cumplido sesenta años de la desaparición de Antoine de Saint-Exupéry (1900 – 1944), cuyo pequeño personaje, “El Principito”, se ha convertido en uno de los gigantes de la literatura universal. El 31 de julio de 1944 el escritor francés, autor de uno de los libros más leídos de este siglo, desaparecía en su última misión, pilotando un avión militar cuyos restos nunca se encontraron, como si el escritor se hubiera evaporado –hubiera “ascendido” –

hacia los mismos cielos que tan de cerca había conocido. Una obra escasa, desde luego, aun contando con la temprana muerte de su autor, acaecida a los 44 años de edad y en tan misteriosas circunstancias, pues nunca se encontraron sus restos, ni los restos de su avión, desaparecido sin duda en aguas del Mediterráneo. Rindamos, pues, piadoso homenaje al hombre y al narrador al que su héroe, el más alegre y el más triste de los niños, hizo inmortal.

El L aniversario de la misteriosa desaparición de Saint – Exupéry, durante un vuelo de reconocimiento entre Córcega y la Costa Azul, alimentó una sólida literatura conmemorativa (una docena de estudios y biografías), una misa cantada en los Inválidos, un larguísimo centenar de exposiciones (entre las cuales la organizada por Morgan Library de Nueva York, que conservaba el manuscrito y las celebérrimas acuarelas-ilustraciones), coloquios internacionales, que se sucedieron en cinco continentes, de Marruecos al Japón.

*Le Petit Prince* es, con mucho, el libro más vendido de la literatura francesa del siglo XX. Más de seis millones y medio de ejemplares, sólo en ediciones de libro, y las traducciones a más de noventa lenguas en los cinco continentes. La redacción del libro comenzó el verano del 42, en Connecticut y Long Island, y se terminó en Nueva York, en Beckman Place, en una casa que había pertenecido a Greta Garbo. Una leyenda bien fundada cuenta que Saint-Exupéry tuvo la primera idea de su héroe (tan semejante, por otra parte, al E.T. de Spielberg) leyendo una edición americana de los *Cuentos* de Andersen que le había regalado, en Nueva York, entre 1941 y 1942, la belísima Annabella Power (Suzanne Charpentier, que debería convertirse en esposa de Tyrone Power). De su nostalgia y desesperación vividas en Nueva York entre 1938 y 1941 por estar lejos de su patria nació *Le Petit Prince*, iluminado con la luz purísima de la frecuentación de los relatos de Andersen. En definitiva, el libro comienza a percibirse como una misteriosa figura y arquetipo de la imaginación, que vino de otras tierras, perdidas en la lejanía de la leyenda, para hablarnos, iluminando con su palabra el desierto sin fin donde caminamos, ciegos y atormentados, en busca de un destino.

“¿De dónde soy? Soy de mi infancia...” es el marco de este libro, cuya dedicatoria, escrita en 1942, explica en grandes líneas la intención y actitud de su autor. En aquel entonces, Francia estaba totalmente bajo la ocupación alemana y había una caza implacable a los judíos. Y León Werth era judío. *“Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona mayor. Tengo una seria excusa: esta persona mayor es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona mayor es capaz de entenderlo todo, hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona mayor vive en Francia, donde pasa hambre y frío. Verdaderamente necesita ser consolada. Si todas estas excusas no bastasen, bien puedo dedicar este libro al niño que una vez fue esta persona mayor. Todos los mayores han sido primero niños. (Pero pocos lo recuerdan.) Corrijo, pues, mi dedicatoria:*

*A LEON WERTH*

*CUANDO ERA NIÑO”*

De ahí el clima de inseguridad y temor en que vive Werth, que Saint-Exupéry volverá a recordar en *Carta a un rehén*: “Necesito ayudarte a vivir. Te veo tan débil, tan amenazado, arrastrando tus cincuenta años horas y horas para subsistir una hora más, sobre la acera de alguna pobre tienda de comestibles, tiritando de frío bajo el precario refugio de un abrigo raído. A ti, tan francés, te veo dos veces en peligro mortal: por francés y por judío.”

*El Principito* es el libro que mejor nos descubre quién era Antoine de Saint-Exupéry y en el que está depositada toda su filosofía. ¿Cómo nació su héroe? Ya es cosa sabida que el autor siempre andaba dibujando chiquillos por todas partes: en las cartas que escribía, en las servilletas de papel y hojas de menú de los restaurantes, en cualquier papel que pillaba. Un día, su editor americano Curtice Hitchcock le preguntó qué estaba dibujando y la respuesta fue tan sencilla como sorprendente: “Poca cosa, es el niño que siempre llevo en el corazón.” El editor aprovechó la ocasión: “¿Y por qué no escribe la historia de ese niño para un libro de niños?” Así nació *El Principito*, en apariencia el libro



más fácil y sencillo de todos los que hasta entonces había publicado, pero a la vez el más profundo.

En medio de su aparente simplicidad, *El Principito* plantea un interrogante que viene a condicionar nuestra existencia. Se trata de una inversión total de los valores. A la pregunta por lo esencial de la vida, se responde de una forma sorprendente e inquietante.

El argumento del libro es muy sencillo. El principito habita un pequeñísimo asteroide, que comparte con una flor caprichosa y tres volcanes. Pero tiene "problemas" con la flor y empieza a experimentar la soledad. Hasta que decide abandonar el planeta en busca de un amigo. Buscando esa amistad recorre varios planetas, habitados sucesivamente por un rey, un vanidoso, un borracho, un hombre de negocios, un farolero, un geógrafo... El concepto de "seriedad" que tienen estas "personas mayores" le deja perplejo y confuso. Prosiguiendo su búsqueda llega al planeta Tierra, pero, en su enorme extensión y vaciedad, siente más que nunca la soledad. Una serpiente le da su visión pesimista sobre los hombres y lo poco que se puede esperar de ellos. Tampoco el zorro contribuye a mejorar su opinión, pero en cambio le enseña el modo de hacerse amigos: hay que crear lazos, hay que dejarse "domesticar". Y al final le regala su secreto: "Sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos." De pronto el principito se da cuenta de que su flor lo ha "domesticado" y decide regresar a su planeta valiéndose de los medios espeditivos que le ofrece la serpiente. Y es entonces cuando entra en contacto con el aviador, que también padecía de soledad. Cuando el principito desaparezca, también el hombre habrá encontrado un amigo.

Podemos concluir que *El Principito* es una meditación sobre la amistad, el único elixir capaz de enriquecer la vida humana y establecer las relaciones perdidas entre los hombres.

SAINT-EXUPÉRY Y EL MUNDO HISPÁNICO: UN INÉDITO  
PUBLICADO EN *ABC CULTURAL* SOBRE LA GUERRA CIVIL  
ESPAÑOLA

De la obra de Saint Exupéry se han seguido descubriendo inéditos y hasta la biblioteca de “La Pléiade” ha tenido que sustituir un antiguo volumen de obras escogidas por una nueva edición en dos volúmenes de obras completas, donde asimismo abundan los inéditos, dejando aparte la cuidada edición de un “álbum” biográfico e iconográfico que en 1994 se le ha dedicado al escritor en edición limitada, no venal e irrepetible.

Aristócrata de viejo cuño –sus ancestros conocidos se remontan a las Cruzadas– aunque rebelde, pues nunca utilizó sus títulos, y sin fortuna personal, escribía desde niño. Ha iniciado su obra, basada exclusivamente en un principio en sus experiencias personales como piloto, que se plasmaría en diversos trabajos periodísticos –como dos series de reportajes sobre la guerra española, recuperados en la nueva edición de La Pléiade– y en sus cuatro libros principales sobre todo: *Correo sur* (sus vuelos africanos), en 1929, *Vuelo nocturno* (los sudamericanos), en 1931, *Tierra de hombres* (recopilación de textos y crónicas), en 1939 y *Piloto de guerra* (sobre sus primeros combates al comienzo de la segunda guerra mundial), que apareció primero en inglés y en francés en Estados Unidos –donde se había refugiado y donde su obra seguía ganando fama– en 1942. Al año siguiente publicaría un breve ensayo, *Carta a un rehén*, y su libro más célebre, *El Principito*, que empezaba así una asombrosa carrera internacional, y que es en buena medida un canto de amor y reconciliación a su esposa Consuelo, a la que tanto hizo sufrir. Con respecto a su matrimonio, Saint-Ex había vuelto a mostrar que el coraje nunca le faltó, ni siquiera a la hora de casarse, pues contrajo matrimonio –casi morganático y bastante tormentoso siempre– con la salvadoreña Consuelo Suncín de Sandoval, escritora y escultora después, joven –e imaginativa, pues sus fantasías eran memorables– viuda del periodista y escritor modernista guatemalteco Enrique

Gómez Carrillo, quien sería al final una admirada y respetada condesa viuda de Saint-Exupéry.

Volviendo a la obra del gran desaparecido, notemos que es escrita con un rigor, claridad y elegancia excepcionales, por un aristócrata del espíritu no exento de contradicciones, pero que supo que la literatura es responsabilidad, y obliga tanto o más que la nobleza. Se trata de una literatura responsable, que busca raíces, solidaridad, una trascendencia laica, que reclama una disciplina, una ética, la noción de servicio, y sobre todo el respeto a la persona humana, pues “un hombre vale cuanto valen el número y calidad de sus vínculos aceptados”. Un mensaje de esperanza o la acción como el honor de la escritura, si tuvieramos que emplear las palabras claves de los escritos de Antoine de Saint-Exupéry. Con el mundo hispánico, Antoine de Saint-Exupéry tenía relaciones estrechas: su esposa salvadoreña, los cargos eminentes ocupados en Argentina, donde el Colegio de los Traductores Públicos de Buenos Aires está pensando en preparar un Congreso en su honor, después de haber iniciado tal tipo de jornadas, el mes de agosto de 2004, acerca de la personalidad de Julio Cortázar, desde cuya muerte se cumplen 20 años.

Durante la guerra civil española, Saint-Exupéry había estado en Barcelona, en el frente de Aragón, en Madrid, como enviado especial de la gran Prensa francesa. En Madrid estuvo con Hemingway y Dos Passos en el legendario Hotel Florida. Y Durruti, la mítica figura de la CNT y la FAI, había puesto a su disposición un Rolls-Royce, para que el escritor francés recorriese la sierra de Guadarrama con relativo confort.

Sobre la defensa de Madrid el *ABC Cultural* ha publicado en 1994 un inédito del escritor, terrible testimonio de la guerra civil española. Con este texto penetramos en un capítulo negro de la historia del pueblo español y, al leerlo, podemos ver que, gracias también a Saint-Exupéry, nada de lo que aconteció una vez puede darse por perdido para la historia. Y tal como afirmaba Eric Hobsbawm, “nada hay como la derrota para agudizar la mente del

historiador”<sup>1</sup>. El texto de Exupéry sobre la defensa de Madrid no sólo nos descubre la dura realidad de la guerra civil española, hasta las sangrientas matanzas de niños y jóvenes, con pinceladas minuciosas y desmitificadores realizadas con la aportación de nuevas evidencias documentales, sino que renueva los escritos sobre la represión, llevándolos más allá del debate sobre las cifras, para ahondar en su naturaleza espantosa.

Recordémosnos, una vez más, al principio de este siglo devorado de conflictos, las palabras del autor mismo: “Una guerra civil no es una guerra, es una enfermedad”.

## DEFENSA DE MADRID

Antoine de SAINT-EXUPÉRY

Las balas restallaban por encima de nuestras cabezas, contra el muro bañado de luna ante el que nos hallábamos. Un terraplén, a la izquierda de la carretera, detenía las que volaban bajo. Así, a pesar de aquellos chasquidos secos, a mil metros de una batalla que se desarrollaba en semicírculo frente a nosotros y a nuestros flancos, el teniente que me acompañaba y yo experimentábamos, en este blanco camino rústico, un gran sentimiento de paz. Podíamos cantar, podíamos reír, podíamos encender cerillas, nadie nos prestaba atención. Éramos como campesinos que van al mercado vecino. Mil metros más

---

<sup>1</sup> Véase el libro de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 1.

allá, la dura necesidad nos colocaría necesariamente sobre el negro tablero de la guerra, pero aquí, fuera de juego, hacíamos novillos.

Las balas también. Balas perdidas, escoria de lejanos combates. Las que silbaban aquí habían errado el blanco allá. En lugar de estrellarse contra los parapetos de tierra o de atravesar pechos de hombres, algunas, disparadas demasiado alto, sobre el horizonte, se habían escapado.

Llenaban la noche con sus absurdas parábolas, con sus tres segundos de libertad, tan pronto nacidas como muertas. Unas restallaban contra las piedras, las que pasaban muy alto daban largos latigazos en las estrellas. Sólo las que rebotaban zumbaban de modo extraño, como detenidas, esbozando una vida de abeja, peligrosas el tiempo de un parpadeo, venenosas pero efímeras.

A la izquierda, el declive se suavizaba ahora y mi compañero me preguntó:

– Podríamos coger el ramal de la trinchera, pero es de noche. ¿No iremos mejor por la carretera?

Adivinaba de reojo su sonrisa burlona. Puesto que yo quería conocer la guerra, se encargaba de hacérmela sentir. Estas balas que, después de rebotar, chirriaban el tiempo de un relámpago, como insectos en el mismo instante en que se posan, la verdad es que me infundían respeto. Me imaginaba una intención en su música. Mi carne me parecía imantada, como si el destino de las balas fuera buscar la carne. Pero, al mismo tiempo, prestaba crédito a mi camarada: “Quiere impresionarme, pero tiene intención de seguir viviendo. Si me propone la carretera a pesar de esta lluvia encantada, es que el paseo ofrece pocos riesgos. Está más informado que yo.”

– La carretera, por supuesto... ¡Hace un tiempo tan bueno!

Yo hubiera preferido seguir el ramal, está claro, pero me guardé la opinión. Me conocía el truco. Mucho antes que él había yo jugado antaño este jueguecillo en Cabo Juby, cuando la zona de inseguridad se abría a veinte metros del fuerte. Si desembarcaba un inspector un poco presuntuoso y poco familiarizado con el desierto, al mismo tiempo que le contaba las menudencias

del aeropuerto, le llevaba de paseo por la arena. Esperaba la tímida observación que me dirigían antes de mucho, con todas las aprobaciones administrativas.

–¡Ah!... Se hace tarde... ¿Y si entráramos?

Entonces era cuando adquiría yo plenos poderes; el personaje había replegado velas. La distancia era la suficiente para que no se atreviera jamás a volver solo. Me ponía, pues, en marcha durante una hora, vivo el paso, con los pretextos más fútiles, el esclavo pegado a mis talones. Y como, evidentemente, era de su fatiga de lo que se quejaba, yo le aconsejaba suavemente que se sentara allí y me esperara, que yo le recogería a la vuelta. Fingía obedecer, midiéndolo con la mirada las arenas traidoras, y decía después con tono valeroso: "Después de todo, me gusta tanto andar..." Entonces yo me sentía a mis anchas y le contaba, marchando a zancadas, vuelta la espalda al refugio, las crueles costumbres de las tribus moras.

Pues esta noche era yo ese inspector al que se pasea esclavizado, pero prefería meter la cabeza en los hombros una vez por segundo a aventurar reflexiones vagas, aunque luminosas, sobre lo pintoresco de los ramales de trincheras.

Nos deslizamos, sin embargo, en la excavación sin que ni uno ni otro hubiéramos ganado el envite. Los acontecimientos habían tomado mal cariz, y nuestro juego nos pareció de repente pueril, no porque una ráfaga de ametralladora nos hubiera barrido, no porque un proyector nos hubiera descubierto, sino sencillamente a causa de un soplo, de una especie de gorgoteo celeste que no nos concernía en absoluto.

– Eso es para Madrid –dijo el teniente.

El ramal de la trincheras tomaba la cresta de una colina un poco antes de Carabanchel. En la dirección de Madrid, el terraplén se había desplomado y, en la escotadura, la ciudad se nos ofrecía blanca, sorprendentemente blanca, bajo la luna llena. Dos kilómetros apenas nos separaban de esos altos inmuebles que domina la Telefónica. Madrid dormía, o más bien, Madrid fingía dormir. Ni un punto luminoso, ni un ruido. El fúnebre estruendo que a partir de entonces

oímos resonar cada dos minutos se ahogaría cada vez en un silencio de muerte. No despertaría en la ciudad ni rumores ni trastornos. Se hundiría cada vez como una piedra en un estanque.

Bruscamente me pareció, en lugar de Madrid, un rostro. Un rostro blanco, con los ojos cerrados. Un rostro duro de virgen obstinada que recibe los golpes uno por uno, sin responder. Ahora, otra vez, por encima de nuestras cabezas, en las estrellas, ese gorgoteo de botella descorchada... Un segundo, dos segundos, cinco segundos... Me echó atrás sin querer. Me parece que soy yo quien va a recibir el golpe, y ¡ah!, es como si la ciudad entera se desplomase.

Pero Madrid vuelve a surgir. Nada se ha desplomado, nada pestañea, nada cambia: el rostro de piedra se mantiene puro.

-Para Madrid...

Lo repite maquinalmente mi compañero. Me enseña a descubrir estos temblores en las estrellas, a seguir a estos escualos que corren hacia supresa:

-No...esto es una batería de las nuestras que responde... Esto es de ellos, pero tiran a otra parte... Esto... esto es para Madrid.

Las explosiones que tardan no se terminan de esperarlas. Qué de acontecimientos se viven en este tiempo. Una presión enorme, sube, sube... ¡Que se decida a saltar esta caldera! Hay quienes acaban de morir, pero hay también quienes acaban de ser liberados. Ochocientos mil habitantes, menos una docena de víctimas, reciben su prórroga. Entre el gorgoteo y la explosión, había ochocientos mil en peligro de muerte.

Cada proyectil en marcha amenaza a toda la ciudad... La siento allí, compacta, solidaria. Adivino a esos hombres, esos niños, esas mujeres, toda esa humilde población que una virgen sin movimiento abriga bajo su manto de piedra. Oigo todavía el ruido innoble y sigo sentado, asqueado por el deslizante torpedo. No sé lo que digo:

-Bombardean... bombardean Madrid...

Y el otro, que cuenta los golpes, hace eco:

-Para Madrid... dieciséis.

Salgo del ramal. De bruces sobre el terraplén, miro.

Una nueva imagen borra la otra. Madrid, con sus chimeneas, sus guardillas, Madrid se parece a un navío en alta mar. Madrid, blanca sobre las aguas negras de la noche. Una ciudad dura más que los hombres: Madrid está cargada de emigrantes y los pasa de una orilla a la otra de la vida. Lleva una generación. Navega, lenta, a través de los siglos. Hombres, mujeres, niños, la llenan, desde sus desvanes a sus sótanos. Esperan, resignados o estremecidos de miedo, encerrados en su barco de piedra. Torpedean un barco cargado de mujeres y de niños.

Quieren hundir a Madrid como un barco.

Yo, por un instante, me río de las reglas de juego de la guerra.

Y de las justificaciones y de los motivos. Escucho. He aprendido a distinguir, de las otras, esas baterías que escupen sobre Madrid. He aprendido a leer el camino de ese gorgoteo en las estrellas; pasa por cierto lugar cerce de Sagitario. He aprendido a contar lentamente cinco segundos. Entonces, escucho. No sé qué árbol cae bajo el rayo, no sé qué catedral se desploma, no sé qué niño pobre acaba de morir.

Asistí esta tarde, desde ;la misma ciudad, al bombardeo. Había caído el trueno sobre la Gran Vía para descuajar una vida humana, una sola.

Unos viandantes se quitaban escombrosos de encima, otros corrían, una humareda ligera se disipaba, pero el novio, salvado de milagro del menor rasguño, encontraba a sus pies a la novia cuyo brazo dorado apretaba un segundo antes, convertida en esponja de sangre, en paquete de carne y de ropas. Arrodillándose sin comprender aún, meneaba suavemente la cabeza, como se dijera: “!Qué extraño es esto!” No reconocía nada de su amiga en esta maravilla así esparcida. La desesperación no introducía en él su hoja afilada más que con una atroz lentitud. Durante un segundo todavía, sorprendido sobre todo por el escamoteo, buscaba con la mirada en torno suyo aquella forma ligera, como si ella, por lo menos, hubiera debido subsistir.



Pero allí no había nada más que un pauete de fango. ¡Desvanecido el leve dorado que da la cualidad humana! Mientras se preparaba en la garganta del hombre el grito que no sé qué retrasaba, tenía tiempo de comprender que no había amado en absoluto aquellos labios, sino el mohín, la sonrisa de aquellos labios. No aquellos ojos, sino su mirada. No aquel pecho, sino un suave movimiento marino. Tenía tiempo de descubrir, en fin, la causa de la angustia que quizá le causaba el amor. ¿No perseguía lo inasequible? No se trataba de abrazar un cuerpo, sino un plumón, sino una luz, sino una luz, sino el ángel sin peso que revestía...

Yo de momento me reí de las reglas de juego de la guerra y de la ley de las represalias. ¿Quién comenzó? A una respuesta se encuentra siempre una respuesta, y el primer asesinato de todos se ha perdido en la noche de los tiempos. Más que nunca desconfío de la lógica. Si el maestro de escuela me demuestra que el fuego no quema la carne, extendiendo la mano sobre el hogar y sé sin lógica que su razonamiento falla en alguna parte.

He visto una chica desnuda de su vestido de luz: ¿cómo voy a creer en la virtud de las represalias?

En cuanto al interés militar de tal bombardeo, no he podido descubrirlo. He visto casas despanzurradas, he visto niños desfigurados, he visto a esa vieja vendedora ambulante enjugar los restos de ese cerebro que había salpicado sobre sus tesoros, he visto a la portera salir de su garita y purificar la acera con un cubo de agua y no he llegado a comprender qué papel tenían, en una guerra, estos humildes accidentes de los servicios de limpieza.

¿Papel moral? ¡Pero un bombardeo se vuelve contra su objetivo! A cada cañonazo, algo se refuerza en Madrid. La indiferencia, que oscilaba, se determina. Pesa mucho un niño muerto cuando es vuestro. Un bombardeo, me ha parecido, no dispersa: unifica. El horror hace cerrar los puños y hay unión en el mismo horror. El teniente y yo saltamos sobre el parapeto. Rostro o navío, allí está Madrid, que recibe los golpes sin responder. Pero así son los hombres: las pruebas fortalecen lentamente sus virtudes. Por eso es por lo que se exalta mi

compañero; piensa en esa voluntad que se endurece. Aquí está, con los puños en las caderas, respirando fuerte. No lloran las mujeres ni los niños...

-Van sesenta...

El golpe resuena sobre el yunque: un herrero gigante forja Madrid.

(*ABC Cultural*, número 143, 29 julio 1994, p.18-19)

### **Fuentes**

Antoine de Saint – Exupéry, *El Principito – Le Petit Prince*, Edición bilingüe, T.G. Ripoll, S.A., Valencia, 1994. *ABC Cultural*, número 143, 29 julio 1994.

Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003.

Angela Ion (direction), *Création et devenir dans la littérature française du XX<sup>e</sup> siècle*, Universitatea din București, București, 1989.